ARTISTAS JÓVENES

# EL ESCULTOR GALLEGO BONOME

**«Mascarones», talla en madera original del escultor gallego Bonome**

PRIMERO en la Exposición Nacional—donde por cierto se hurtaron, incalificablemente, á las miradas del público estos mismos *Mascarones* de tan recio valor popular y tan áspera energía factural—; luego en la Exposición de Arte gallego, en Vigo, y ahora en el Salón de Otoño hemos encontrado las figuras de Santiago Bonome como algo bien dotado de afirmativa personalidad; como una de esas raras revelaciones que autorizan á insistir sobre la idea de nuestro renacimiento estético.

Santiago Bonome es gallego, y á Galicia consagra su fervor, no exento de irónica picardía. Se ha formado en la pluviosa Compostela, inclinando muchas horas su rostro pálido y sus ensueños encendidos de adolescente sobre la madera destinada á los rezos ingenuos y las fugaces nubecillas del incienso.

¡Tradicional arte este de la imaginería, que provee los altares galaicos, sirve de iniciación y tormento á los escultores jóvenes, de lucro á los tallistas industriales, y en la que tal vez se consumen ignorados, por falta de suerte ó de voluntad, varios artistas caídos en jornalero desengaño!

Santiago Bonome supo libertarse á tiempo, cuando todavía—¡y ya!—es el mancebo ávido de vivir para el gozo de crear, y cuando todo en torno suyo tiene esa pompa jugosa, esa tentación sensual y sensitiva que sólo á los jóvenes entrega el secreto sin revelarlo; cuando la teoría de las horas vernales es como un desfile de doncellas donde aún no se divisa la última.

Cada tarde, Santiago Bonome saldría del taller compostelano henchido de amargura, codicioso de vagar por las rúas y de escapar á los agros húmedos. Cada noche oprimiría contra el pecho la estatuilla, burlona y tan humana, del rapaz entrevisto, de la moza de rostro candoroso y ropas gayas, del clérigo flaco, alto y de rostro lívido, como un cirio enlutado.

Las paseatas por los soportales rumorosos á zuecos y á risas de estudiantes, oliendo á telas húmedas y á lo largo de templos y palacios florecidos de carminoso musgo, de áureo verdín, el éxtasis bajo el Pórtico de la Gloria, el mezclarse al turbulento ferial de los días de mercado, fecundan la nocturna vigilia donde es preciso manejar sin ruido los mazos y las gubias para no turbar el sueño familiar.

La enseñanza viva de las gentes, por la tarde; la labor silenciosa, abnegada, de las noches, es el desquite del otro trabajo ingrato y cotidiano en el taller. El artista piensa que una tarde abrirá la puerta para siempre, y que ya su rostro pálido de la sonrisa amarga y los ojos de suave melancolía no volverá á inclinarse sobre una imagen de convencial divinidad, sino que tendrá todas las horas libres para oprimir contra el pecho la imagen humana que reproduce fielmente los chiquillos pícaros, las muchachas de cuento, las viejas de perfil de bruja, el labriego socarrón, el cura de epigramas.

Realizar, en fin, su obra á la luz del día y sentirla rodeada de los favorables ecos, no de las diatribas adversas.

Así, el escultor Santiago Bonome abandona un buen día el taller ajeno por el estudio propio, la jornalera tarea por el libre ejercicio de sus facultades. Rápidamente, Galicia, cuya matriz no se agota de crear artistas, se enorgullece de este nuevo glosador plástico. Entra el juvenil y certero poeta satírico de la gubia al arte de su tiempo con un simpático desenfado y con una gallarda seguridad.

Tiene—y hace bien—confianza en sí mismo. Sabe que, por encima de los obstáculos y las torpes hipocresías de los demás, la gracia sutil, la maestría técnica de sus tallas están destinadas á ese rápido logro de celebridad que sólo se consiente á los verdaderos artistas.

Bastarían para justificarlo así estos *Mascarones*, reveladores de su estilo nervioso, de su corte sintético, y que sin el menor peligro para el mérito indudable de su personalidad ya definida hacen pensar en los *Mascarones* de Gutiérrez Solana y de Evaristo Valle.

Porque aquella misma acre visión realista y aquel sentido de idealizador misterio, de emocional acercamiento á las rudas sensibilidades populares que significan en la pintura española el costumbrista de Madrid y el costumbrista de Asturias, viene á significar en la escultura española el nuevo costumbrista de Galicia.

José FRANCÉS

(c) Ministerio de Cultura 2006